

## Juan de Zabaleta

[1682-1736]

### *El día de fiesta por la tarde* *“El glotón que come al uso”*

\*\*\*

Despierta el Domingo de Pascua de Resurrección, pregunta si están fritas las criadillas, si parece tierno el pernil de Extremadura que se ha empezado y si ha traído el mozo la asadura. Dícenle que trujo la asadura el mozo, que el pernil parece tierno, mas que las criadillas no están aderezadas. Él se cansa mucho con quien se lo dice y manda que le hagan una gran fritada muy aprisa. Válgale Dios, con qué hambre amanece: no dirán sino que ha ayunado ya toda la Cuaresma. Pues no ha ayunado día ninguno [...].

Siéntase en la cama el glotón y échase una capa por los hombros; extiéndese sin aliño una servilleta sobre las piernas cruzadas; pónenle a un lado un panecillo, afirmase el salero entre unas arrugas y déjanle un cuchillo resbalándose. Mientras le traen el plato del almuerzo, porque le parece que con un cuchillo ha de retardarse, hace con las manos pedazos el panecillo, chispeando las migajas hacia la ropa unas y hacia el suelo otras. Llega antes el olor que el plato; pero el plato llega poco después que el olor. Descúbrele y el bocado primero se lo engulle abrasándose. Mientras lo demás se temple hace sopas con el caldillo. Embiste luego con las tajadas con tanta celeridad como si le quisiesen arrebatarse las que le quedan. Ensúciase los dedos de las manos hasta los últimos nudos. Cuélgale de los bigotes la pringue; relúmbrale en los labios la grasa, y la barba se le oscurece entre los desperdicios de los bocados. Toma una esquina de la servilleta para limpiarse y derrama el plato. Límpiase y deja hecha rodilla la servilleta. Pide de beber del vino más fuerte; danle una copa muy grande; cógela con ambas manos y echa en su estómago un torrente de vino, y torrente de tanta dura, que parece que corre de fuente perenne. Recoge las esquinas tostadas del panecillo, cáscalas entre los dientes y manda que le quiten de allí aquellos trastos. Ponen el salero sobre un brazo de una silla, abrevian la servilleta en forma de bolsa y sacuden con la mano las migajas que han salpicado el lecho.

Él arroja en el suelo la capa que tiene puesta; vuélvese a meter entre la ropa, llámala muy bien hacia sí con los hombros y sosiégase.

“¡Señor, que es día de misa y son ya las once; que es domingo de Pascua de Resurrección; que es menester ir a la iglesia a estar en presencia de Cristo para resucitar de la muerte al pecado!”

A otra puerta. Ninguna de aquellas voces le dan la razón, y sólo entiende embebecido en pensar si habrá venido salmón fresco, porque la Semana Santa agotó el que había.

Hácele empezar a vestirse el deseo de encontrar algo extraño para su apetito, y de camino piensa oír misa. El pensar en la misa es con flojedad; el pensar en el

salmón, con grande ansia. Mucho ha de ser si su apetito le deja oír misa.

Acábase de vestir, sale de casa, pasa por una iglesia y entra a ver si hay una misa empezada, porque aguardarla sería tardar mucho, y su gula no sufre dilaciones. Ve que se levanta en un altar el Evangelio, y coge desde el Evangelio la misa.

Acierta a caer junto a un conocido y dícele el glotón: “Señor, no se puede creer cómo está el lugar; no hay qué comer, si no es pan y carne; para hallar un manojo de espárragos es necesario tener espíritu de profecía; para acaudalar una libra de criadillas de tierra es preciso ser primo hermano del labrador; la plaza está que parece que la han saqueado”.

El otro dice: “Yo pasé ahora por ella y vi lindísimo congrio fresco, y una de aquellas mujeres que vende caza tenía una banasta cubierta llena de gazapos, los mejores que vi en mi vida por este tiempo. Es una mujer morena con una toca de puntas”.

Apenas el hombre lo oye, cuando se empieza a inquietar, de suerte que si no fuera por vergüenza dejara la misa y se fuera a la plaza. Callan un poco porque el uno quiere oír la misa y el otro pensar si se le habrá acabado todo cuando él llegue.

Rompe el glotón el silencio y dice: “Con sólo esa mujer no tengo conocimiento entre cuantas allí venden; no sé si me los querrá dar”.

“Sí querrá -dice el otro-, dándole algo más de lo que vale”.

Vuelven a callar y vuelve el glotón a decir de allí a muy poco y muy sin propósito: “Y del congrio, ¿había muchas tablas?”

“Dos” -le responde el otro, y calla-.

Aquí es su congoja de ver que no se acaba la misa y de ver que se puede acabar el congrio.

Acábase la misa, parte el glotón a la plaza y halla quitando a una de las que vendían el congrio al peso y a la otra apartando los cuartos, porque se acabó ya su mercancía. Quédase el hombre tan suspenso como si se le hubiera ido una gran dicha de entre las manos.

Parte a buscar a la mujer de los gazapos, pídeselos en voz baja, como asegurándola el secreto; ella, antes de responderle le mira con grande atención, por ver si tiene señas de seguro; hace la conjetura buena y saca cuatro conejillos de la lobreguez de la banasta, tan chiquitillos y descarnados, que más parecen abortos que partos; llégalos el hombre a las narices, no para averiguar si hieden a podridos, sino por ver si huelen a ratones. La mujer, viéndole dudoso, le dice que son bellísimos y que fritos con torreznos de algarrobillas son el mayor regalo del mundo; él lo cree y da un mundo de dinero por ellos. Parte a su casa muy alegre de que lleva gazapos, y después de fritos parecen ranas.

\*\*\*

Llega el día de la Cruz de Mayo y levántase al amanecer el glotón no por coger la misa temprano, sino coger temprano los pollos. Logra la diligencia, llega en buena ocasión, escoge los más grandes, envíalos a su casa y envía a decir que le asen uno para mediodía y que le guisen otro con alcaparras para la noche [...]

Pasa por allí un amigo suyo, también de la facultad, y pregúntale qué hace; él responde que ha comprado unos pollos y que no halla otra cosa de provecho; el otro responde que sabe una casa donde hay famosos palominos, y que si quiere almorzar bien de ellos que se vaya con él. El glotón dice que por aquel tiempo es bravo regalo, y aceptando el convite, sigue a la persona.

Entran en la casa, piden los palominos, aderézanselos en el aire, pónenselos a la mesa, pruébanlos, dicen que son la mejor cosa que han visto, y que siempre irán a aquella casa, porque la huéspedada da a los platos sazón excelente.

Almuerzan muy a espacio, porque comen muchas más cosas de las que iban a comer, y acabando de almorzar quédanse hablando, que es muy partera la mesa de un bodegón. Empiezan a levantarse para irse, cuando entran dos conocidos suyos a lo mismo que ellos.

Salúdanse, y los que vienen hacen a los que estaban que se queden a tomar otro bocado, que en estas casas son todos liberales, y los que ponen bullan ponen tan buena parte como los que ponen dinero. Empiézase otro almuerzo (ya son las doce del día), y a los que han almorzado les vuelven a hacer almorzar los otros.

Dura este desconcierto hasta la una; van a buscar misa los que ni la han oído, el paso es más ligero y pásase el tiempo. Estánse hasta las dos en conversación; vase luego nuestro glotón a su casa y entra preguntando si está asado el pollo...